

**PRENSA Y LITERATURA
EN LA GUERRA DE ÁFRICA (1859-1860).
OPINIÓN PUBLICADA, PATRIOTISMO Y XENOFOBIA***

PRESS AND LITERATURE
IN THE AFRICAN WAR (1859-1860).
PUBLISHED OPINION, PATRIOTISM AND XENOPHOBIA

Yasmina Romero Morales
Universidad de La Laguna

Entregado el 5-4-2013 y aceptado el 17-9-2013

Resumen: Este artículo se centra en la percepción que la población española tuvo de la Guerra de África (1859-60) —primer conflicto bélico de envergadura que enfrentó a España contra Marruecos— a través del análisis de la prensa y la literatura española de la época. Estos escritos estaban dirigidos al público en general y conseguían, a través de estrategias textuales y discursivas, influir en la opinión pública como convenía en cada momento: despertar un insólito furor patriótico para que el pueblo apoyara la guerra; fomentar sentimientos racistas y xenófobos para que el pueblo sintiera aversión contra el rival; o excitar el ánimo de la población para que rechazara la participación española en Marruecos. Este trabajo también pretende contribuir a difundir la historia que comparten —a veces agitadamente— ambos lados del Estrecho de Gibraltar, de la que aún queda mucho por recuperar.

Palabras clave: Guerra de África, Guerra Hispano-Marroquí, Marruecos, Percepción, Prensa.

* Este trabajo se inserta en el proyecto «Justicia, ciudadanía y género: feminización de las migraciones y derechos humanos» (FFI2011-24120) del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España.

Abstract: This article focuses on the perception the Spanish population had of the African War (1859-1860) —the first major conflict placing Spain and Morocco at actual war— through the analysis of spanish of press reports and literary works of the time. Both were intended to reach the general public and had the most convenient influence on the public opinion by effectively using a series of textual and discursive strategies. They successfully managed to lead the Spanish population into an unusual patriotic frenzy triggering support for the war, arouse hatred towards the enemy, by promoting racist and xenophobic attitudes, or even heat up tensions to utterly reject the Spanish participation in Morocco. This work also aims to contribute to putting together the agitated historical background that both sides of the Strait share and is yet to be recovered.

Keywords: African War, The Hispano-Morocco War, Morocco, Perception, Press.

1. Introducción

La historiografía española llama «Guerra de África» al primer conflicto bélico de envergadura que enfrentó a España y a Marruecos entre octubre de 1859 y abril de 1860, durante el reinado de Isabel II (1830-1904) y en el periodo histórico conocido como la Segunda Década Moderada. En puridad, debemos decir que no fue ésta la primera vez que se desafiaron los dos lados del Estrecho de Gibraltar, desde que se iniciara la historia compartida con la conquista del reino islámico de Granada (1492) por los reinos cristianos de la península —que luego formaron el de España, y la posterior expulsión de la población musulmana, la mayoría de la cual se refugió en el norte de África— hasta que estalló la guerra de 1859-60, fueron infinitos los incidentes y altercados entre España y el Imperio de Marruecos, pero nunca éstos habían degenerado en una guerra de semejantes dimensiones. Incluso se habían firmado algunos tratados y acuerdos relativos a los presidios españoles en las costas de Marruecos, el último por aquel entonces en agosto de 1859, relativo a Melilla, Vélez de la Gomera y Alhucemas.

Sin embargo, este contacto entre países vecinos —aunque fuera con motivos de guerras y acuerdos— no supuso un aumento equivalente del conocimiento auténtico que se tenía de Marruecos. En el caso concreto de la «Guerra de África», que es el conflicto que ocupa estas páginas, los intereses españoles propiciaron una visión ideologizada de la sociedad marroquí y se fomentaron en la prensa y la literatura sentimientos racistas y xenófobos —viejos estereotipos forjados entre los siglos VIII y XVIII mezclados con el exótico orientalismo europeo— para que el pueblo sintiera aversión contra el rival. La naturaleza común a todas estas fuentes de análisis es la proximidad a la ciudadanía española, es por ello por lo que me parece que tanto la prensa como la literatura constituyen un discurso especialmente susceptible a la hora de registrar las distintas proyecciones de la «Guerra de África» que los medios querían introducir en la mentalidad española.

Las razones oficiales argüidas por España para declarar la guerra a Marruecos en 1859, son las que abordaré en las siguientes páginas, tomando como *corpus* documental la propaganda belicista y patriótera generada por dicha guerra y que como opinión publicada influyó, también, de alguna manera en la opinión pública. Y más en el periodo donde se centra esta investigación, donde recordemos que la idea que se tuvo en España del conflicto era producto de una abstracción que respondía, mayormente,

a los juicios, valores y valoraciones vertidos en diferentes medios y lecturas —de prensa y, también, literarias— y no a un conocimiento directo del mismo. Con esto no quiero decir, en absoluto, que la prensa que utilizo como fuente primaria de este trabajo fuera generadora de opinión pública. La opinión pública existente que prevaleció en la España coetánea a la «Guerra de África» escapa de las metas de esta investigación, habida cuenta de que no todo lo que se difunde en los medios de comunicación —que además la mayoría de las veces están controlados por los aparatos políticos— es absorbido por la opinión pública pero sí que contribuyen —junto con otros múltiples factores y agentes— al proceso colectivo de conformación de la opinión pública generalizada¹.

Significativo me parece indicar en esta introducción, además, que mi aproximación irá en la línea de la propuesta por Edward W. Said en *Orientalismo*. Esta obra se publicó por primera vez en Nueva York en 1978. Es un detallado recorrido sobre la historia reciente de la visión etnocéntrica occidental sobre el islam y el mundo árabe. Aunque Said no especificó nunca que su obra fuera postcolonial, para muchos investigadores e investigadoras es considerada su punto de partida ya que analizó los cambios culturales y políticos generados entre Oriente y Occidente durante y después de la colonización y, asimismo, las consecuencias del conocimiento y la imagen (re)elaboradas por los países colonizadores sobre los países colonizados. Toda vez que propone volver a revisar el conjunto de la producción escrita, dibujada, filmada, fotografiada, dicho en otras palabras, de cualquier forma de representación llevada a cabo sobre las antiguas colonias.

La hipótesis de este trabajo se fundamenta —y adelanto en unas líneas parte de las que serán mis conclusiones— en que la representación de la sociedad marroquí en la prensa y la literatura de la época es producto de una perceptible estrategia de heterodesignaciones² con objetivo(s) concreto(s) como veremos a continuación. Es a esa imagen heterodesig-

¹ Véase el atractivo trabajo de José Manuel Rodríguez Uribes, *Opinión pública. Concepto y modelos históricos*. Marcial Pons, Madrid, 1999.

² «La adjudicación a un conjunto definido de individuos por parte de otro conjunto determinado de una serie de predicaciones que tienen sobre el primero un efecto de estereotipia. Designadores y designados asumen su posición en el orden de las designaciones en función de sus posiciones respectivas de poder. Quienes se autoinstituyen en designadores asumen la posición de sujetos». Celia Amorós, *Vetas de ilustración. Reflexiones sobre feminismo e Islam*, Cátedra, Madrid, 2009, p. 258.

nada a la que vamos a acercarnos en las siguientes páginas, una construcción que no nos acercará a los sucesos acaecidos en Marruecos durante 1859-60 ni nos dirá cómo eran las verdaderas personas de carne y hueso que habitaban en Marruecos, sino que nos acercará a cómo se las imaginaba y pensaba desde España.

Sin embargo, antes de pasar al análisis de los discursos aparecidos en la prensa y la literatura de la época sobre la «Guerra de África» y a las verdaderas motivaciones de la expedición que fueron, como veremos, de política interior, vale la pena tener en cuenta algunos esbozos del escenario europeo³.

2. Breves apuntes del contexto internacional

La «Guerra de África» se enmarcó en un contexto internacional que, de alguna manera, también impulsó la empresa colonial española. La dominación francesa en Argelia y la influencia inglesa en Marruecos, hizo que España decidiera manifestar y defender sus intereses en la otra orilla del Mediterráneo⁴, sin embargo, si bien el Gobierno de Napoleón III consideró legítima esta empresa, al menos en un principio, no lo hizo de la misma manera Inglaterra, que quería impedirle a toda costa. Los intereses particulares que Inglaterra —y también, aunque en menor medida, Francia— tenía en el norte de África, son los que justifican sus empeños en resolver los problemas que tenía España con Marruecos por vía diplomática. De hecho, el propio embajador inglés en Madrid se ofreció como mediador entre los dos países implicados, pero el gobierno de O'Donnell decidió rechazar esta mediación, considerando que lo que sucedía con

³ Hay muy pocos trabajos dedicados a esta cuestión, entre ellos, especial importancia adquiere la obra de José M.^a Jover Zamora, *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*, Madrid, Turner, 1976 o la obra de Juan B. Vilar, «Aproximaciones a las relaciones internacionales de España (1834-1874)», *Historia Contemporánea*, num. 34, 2007, pp. 7-42.

⁴ Puede resultar muy interesante al respecto el trabajo de Juan Antonio Inarejos Muñoz, *Intervenciones coloniales y nacionalismo español: La política exterior de la Unión Liberal y sus vínculos con la Francia de Napoleón III (1856-1868)*, Sílex, Madrid, 2007. En esta obra el autor analiza las primeras actuaciones internacionales del nacionalismo español tras perder las posesiones coloniales americanas y en el arco cronológico de este estudio, además, se encuentra la «Guerra de África», por lo que dedica abundantes páginas a la política exterior que impulsó la empresa colonial española en aquel momento.

Marruecos era únicamente de incumbencia nacional y no debían intervenir agentes extranjeros. Así todo, el gabinete de O'Donnell optó por tranquilizar a las potencias expectantes —Inglaterra y Francia principalmente— y les aseguró que las motivaciones españolas del momento eran únicamente morales, que España quería que se la satisficiera por los insultos sufridos y no buscaba, por el contrario, ningún tipo de conquista territorial.

La prensa inglesa *Morning Post*, *Gibraltar Chronicle* o *The Times* recogía puntualmente el interés que suscitaba la «Guerra de África» fuera de las fronteras españolas. Sin embargo, este interés no se debía, ni mucho menos, a que Inglaterra estuviera preocupada por lo que le sucediera a Marruecos, sino por temor a que España —si ocupaba militarmente Tánger— alcanzara una supremacía marítima y, por consiguiente, superioridad estratégica. Para Inglaterra, era de máxima importancia salvaguardar la seguridad del Estrecho que le aseguraba las rutas comerciales por el Mediterráneo y el paso hacia el Canal de Suez⁵.

La manera que tuvo Inglaterra de presionar para evitar la contienda hispano-marroquí fue progresiva, empezó ofreciendo mediaciones no oficiales, pasó a ofrecerlas como hemos señalado oficialmente y, por último, casi utilizó la extorsión, reclamándole una vieja deuda a España. Con ello, pretendía conseguir tocar de muerte las finanzas españolas, de tal manera que el país no tuviera suficiente respaldo económico para sostener un conflicto armado. No lo consiguió, España liquidó su deuda con Inglaterra y, también a su pesar, emprendió la guerra con Marruecos.

Pasemos ahora a analizar cómo recogió la prensa y la literatura del momento este conflicto.

3. El transcurso de la contienda en la prensa y la literatura: preliminares

El motivo esgrimido por España para declarar la guerra a Marruecos en 1859 fue el hostigamiento y los continuos ataques que, según los espa-

⁵ Esta técnica de dominar el mar era muy reciente en la época. Un par de décadas después, en 1890, el almirante norteamericano Alfred T. Mahan publicó su obra *La influencia del poder naval en la historia* y acuña el término «navalismo». Este autor demostraba que aquel que era el dueño del mar, también lo era de la tierra, de ahí la importancia que se le da no sólo a este estrecho sino a otros como el de los Dardanelos o el canal de Suez.

ñoles, habían venido sufriendo desde siempre por grupos de marroquíes en sus plazas de soberanía, así lo informó *El Diario Español*:

Las kabilas de Marruecos se burlaban continuamente de una nación noble y poderosa, y apenas se les amagaba con un débil castigo⁶.

Los periódicos españoles, sin importar su tendencia ideológica — moderados, progresistas o demócratas — dejaron constancia del ataque a la ciudad de Ceuta en la noche del 10 al 11 de agosto de 1859. Los españoles se hallaban construyendo unas fortificaciones en el campo exterior de Ceuta, en un lugar denominado Santa Clara al que consideraban terreno neutral a pesar que la población autóctona lo creía terreno marroquí. Pretendían crear un reducto fortificado que sirviera para defender la costa y, por ende, los barcos originarios de la Península Ibérica. Pues bien, según las crónicas, los cabileños de la comarca marroquí próxima de Anyera se dirigieron al lugar de trabajo de los españoles en Santa Clara, derribaron las obras, arrancaron los mojones que definían los límites del campo de Ceuta, echaron abajo la garita del centinela de caballería de la compañía de lanzas y rompieron el escudo de España, acto que, según recogió la prensa española, significó «una mancilla». Este tipo de retórica fue muy frecuente en la época, los periódicos se hicieron eco de falacias *ad hominem* propias del patriotismo más chovinista en las que se aludía a los sentimientos del lectorado en vez de convencer a través de los argumentos.

El diario vespertino *La Época*⁷, en este momento órgano de la Unión Liberal⁸, aseguró:

La oposición que los moros del Riff [*sic*] muestran a que se verifiquen las obras principiadas para mayor seguridad de nuestras plazas

⁶ *El Diario Español*, citado en *La Época*, 01/10/1859.

⁷ *La Época*, fue un diario vespertino fundado en 1849 y desaparecido en 1936, según el Registro Bibliográfico de la Biblioteca Nacional de España (en adelante RB). Diario por antonomasia de la monarquía, aristocrático y conservador, desde 1856 se convirtió en el órgano de la Unión Liberal, apoyo que retiraría en 1865.

⁸ Partido político español fundado por Leopoldo O'Donnell en 1858 y que se extinguió hacia 1874. Entre sus filas se encontraban tanto moderados como progresistas como Juan Prim, Manuel Silvela o Antonio Cánovas del Castillo. Su principal momento político tuvo lugar entre 1858 y 1863, convirtiéndose de esta manera en el gobierno más largo que vio el reinado de Isabel II. Para profundizar más en el estudio de la Unión Liberal, recomendamos Nelson Duran de la Rúa, *La Unión Liberal y la modernización de la España Isabelina, Una convivencia frustrada, 1854-1868*. Akal, Madrid, 1979; Francesc A. Martínez Gallego, *Conservar progresando: la Unión Liberal (1856-1868)*, UNED, Valencia, 2001.

fronterizas ha hecho que el gobierno disponga aumentar las guarniciones de Ceuta y Melilla a fin de proteger dichos trabajos⁹.

*La Esperanza*¹⁰, carlista, recogió que, el 26 de agosto, el Cónsul General de España en Tánger —Juan Blanco del Valle (1822-1877)— dirigió una nota al ministro del que denominó Emperador de Marruecos «*sobre los insultos de los moros de Anyera y que éste pide un plazo para contestar a las notas de nuestro gobierno*»¹¹.

El Cónsul General de España, junto con la queja, presentó un primer ultimátum de diez días. Exigía la reposición de los escudos fronterizos de España y que las tropas del Sultán rindieran honores a éstos en el mismo sitio donde los echaron por tierra, que en público y delante de la guarnición española, se castigara a los culpables de los ataques y que se tomaran medidas para evitar que volvieran a producirse. Terminó su nota añadiendo que:

Si S.M. el Sultán se considera impotente para ello decidlo prontamente y los ejércitos españoles, penetrando en vuestras tierras, harán sentir a esas tribus bárbaras, oprobio de los tiempos que alcanzamos, todo el peso de su indignación y de su arroj¹².

El adjetivo bárbaro¹³ fue frecuentemente utilizado en las citas de prensa, lograba incidir en la imagen de la sociedad marroquí como un pueblo atrasado, inmerso en la tiranía y el salvajismo, a diferencia de la imagen de los españoles que, por ejemplo, como pueblo civilizado y evolucionado, decidió conceder diez días más de plazo al gobierno marroquí, porque en ese momento falleció el Sultán Abd-el-Rahman (1789-1859).

⁹ *La Época*, 26/08/1859.

¹⁰ *La Esperanza* (subtitulado periódico monárquico) era la publicación más importante de la prensa carlista de la época que nos ocupa, según el RB. Nace como periódico de tarde en 1844, excepto domingos y días festivos, y desaparecerá en 1874. Para profundizar más en esta publicación, véase el estudio de Esperanza Carpizo Bergareche, *La Esperanza Carlista (1844-1874)*, Actas, Madrid, 2008.

¹¹ *La Esperanza*, 07/12/1859.

¹² Victoriano de Ameller, *Juicio crítico de la Guerra de África*, Imprenta de Francisco Abienze, Madrid, 1861, p. 75.

¹³ Sobre la representación antropológica del moro como bárbaro, véase José Luis Mateo Dieste, *El «moro» entre los primitivos. El caso del Protectorado español en Marruecos*. Fundación La Caixa, Barcelona, 1977.

Los periódicos recogieron posteriores ataques rifeños, vinieran a cuento o no, para subrayar el talante violento de la población autóctona y «*nuevas notas del gobierno español, y nuevo plazo para contestarlas*»¹⁴, sin que el gobierno marroquí hiciera lo exigido por España. Referir una y otra vez el carácter violento de la sociedad marroquí, además, de demostrar por contraposición la condición civilizada de España, aludía también a sentimientos patrióticos del lectorado —sobre todo de aquella masa más iletrada—, que sintiéndose ligado con sus iguales por una cultura, valores e idiosincrasia que les eran supuestamente propios y en los que se sentían (re)conocidos, no distinguían esos atributos en las descripciones que se hacían en la prensa de los marroquíes. Es por ello por lo que muchos detractores del patriotismo han considerado que si no hubiera existido tal percepción sesgada de lo que es «propio de uno y por tanto mejor que lo que es propio de los otros» probablemente se habrían evitado posturas nocivas como puede ser la xenofobia —o una de sus formas más comunes como el racismo— u otras actitudes tóxicas que han dificultado el contacto entre distintos grupos de personas.

Así las cosas, Juan Blanco del Valle dio un tercer plazo hasta el 15 de octubre de 1859 al gobierno marroquí y quedó nuevamente a la espera de respuesta. En este momento la expectación de la prensa era máxima, y los efectivos militares se movían por la península pero sin saber qué sucedería finalmente: ¿habría paz o habría guerra?. Así lo recoge el periódico independiente *La Correspondencia de España*¹⁵ —que durante la guerra apoyó al Gobierno Español— cuando dice:

La paz o la guerra con Marruecos han de decidirse en el día de hoy. Si antes de las doce de la noche aquel Gobierno no ha resuelto satisfactoriamente las justas demandas dirigidas por el Gabinete Español, nuestro Cónsul en Tánger y todos sus dependientes se embarcarán para Algeciras, y la suerte de las armas decidirá, como esperamos, en favor de la justicia de nuestra causa¹⁶.

¹⁴ *La Esperanza*, 7/12/1859.

¹⁵ Según la información facilitada por RB, *La Correspondencia de España*, fue una publicación vespertina, informativa e independiente, fundada en 1860 y cuyo último número verá la luz en 1925. Inicará el periodismo de empresa en España y logrará una de las mayores tiradas del momento.

¹⁶ *La Correspondencia de España*, 15/10/1859.

*El Clamor público*¹⁷, de corte progresista, publicó que, antes de concluir el tercero de los plazos, España había recibido respuesta. Muhammad IV (1803-1873), hijo y sucesor del recién fallecido Sultán, manifestó sus intenciones pacíficas: había ordenado el cese de las hostilidades contra la plaza española de Ceuta y, además de aceptar las condiciones impuestas por España, había ofrecido conceder las garantías necesarias para que no volvieran a ocurrir los ataques. Sin embargo, *El Clamor público*, como el ministro de Estado, Fernando Calderón Collantes (1811-1890), exigió comprobar las seguridades ofrecidas por el Sultán, no se mostraba muy seguro de si finalmente habría paz o no, pues de «ellas dependía la resolución que se adoptara para la paz o la guerra»¹⁸, si bien «las probabilidades de la guerra habían disminuido considerablemente»¹⁹.

El periódico *La Esperanza* informó que, una vez el cónsul de Tánger hubo trasladado al gobierno marroquí la nota detallada de las exigencias de España, Marruecos contestó «con evasivas y dilaciones»²⁰, hecho que favoreció la representación de la sociedad marroquí como un pueblo sin palabra, en el que no se podía confiar. María Rosa de Madariaga ha asegurado que el Sultán estaba dispuesto a prácticamente todo lo que pedía el gobierno español, menos lo relativo al castigo de los agresores, que según las peticiones del cónsul de España en Tánger, era la inaceptable condena a muerte²¹. Así que, estas fueron las circunstancias, en las que la España de Isabel II, bajo el gobierno de la Unión Liberal, declaró la guerra a Marruecos el 22 de octubre de 1859.

La guerra con Marruecos ha quedado declarada. España, que siempre ha sido grande y honrosa, sabrá pelear y vencer. Nuestra causa es justa: es la causa²².

¹⁷ El RB recoge que *El Clamor público* fue un periódico progresista, agresivo y polemista, fundado en 1844 y desaparecido en 1864.

¹⁸ *El Clamor Público*, 18/10/1859.

¹⁹ *El Clamor Público*, 20/10/1859.

²⁰ *La Esperanza*, 7/12/1859.

²¹ Rosa de Madariaga, *Marruecos ese gran desconocido*, Alianza Editorial, Madrid, 2013, p. 35.

²² *La Discusión*, 23/10/1859.

4. El transcurso de la contienda en la prensa y la literatura: se declara la guerra

Como hemos avanzado, los argumentos esgrimidos por el gobierno español recogidos por la prensa para declarar la guerra fueron dos: los reiterados ataques sufridos sobre plazas de soberanía española y los asaltos piratas llevados a cabo desde el litoral del Rif, presuntamente, por tribus costeras²³.

Es significativo que el desencadenante de esta guerra fuese, según la versión oficial de España, la destrucción de un mojón fronterizo y no la muerte del agente consular español Víctor Darmón en 1844 a mano de los marroquíes, lo cual ocurrió sin un juicio previo y por orden directa del Sultán. Dicho en otras palabras, por un mojón fronterizo se declaró la guerra y por el asesinato de una persona con cargo de cierta significación se recurrió a la diplomacia²⁴. Es probable que, para España, los sucesos de Ceuta antes relatados fuesen una excusa necesaria para la guerra, como así advirtió Jerónimo Becker²⁵ o Rosa de Madariaga²⁶, una justificación del conflicto armado que ahora sí convenía; lo cual es plausible por la política de intervenciones militares que por entonces mantenía España²⁷ y que algunos autores, como José María Jover Zamora, han considerado parte de un proyecto nacional incoherente o, en el mejor de los casos, sólo un «*designio incorrecto de prestigio exterior*»²⁸. A mi juicio, este proyecto

²³ Sobre piratería véase Emilio Sola, *Un mediterráneo de piratas: corsarios, renegados y cautivos*, Tecnos, Madrid, 1988.

²⁴ Rosa de Madariaga recoge que el entonces Primer ministro español, el general Ramón María Narváez y Campos (1800-1868), envió al Sultán una nota quejándose sobre lo sucedido e incluso amenazándolo con ir a la guerra. Sin embargo, la mediación de Inglaterra logró salvar la situación sin recurrir a las armas. Véase Rosa de Madariaga, *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, UNED, Melilla, 2008, pp. 69-70.

²⁵ Jerónimo Becker, *El Rif, Patronato de Huérfanos de Administración Militar*, Madrid, 1909, p. 30.

²⁶ Rosa de Madariaga, *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, UNED, Melilla, 2008, p. 81.

²⁷ En la última etapa del reinado de Isabel II, España colaboró en la expedición francesa a la Cochinchina (1858-1863), fue a la Guerra de África (1859-1860), a la expedición de México (1861-1862), reincorporó Santo Domingo a la corona española y se enfrentó con los dominicanos insurgentes (1861), y, por último, participó en la guerra del Pacífico entre Perú y Chile (1863-1866).

²⁸ José María Jover Zamora, *Historia de España Menéndez Pidal: La era isabelina y el sexenio democrático (1834-1874)*, vol. 34, Madrid, pp. XCII-CLX. Esta obra es interesante para contextualizar la época de este estudio, especialmente el prólogo del propio Jover Zamora, una de las voces más autorizadas a este respecto.

responde también, de alguna manera, a una política de hostilidades propia de ideologías xenófobas. De hecho, la psicología ha considerado que el miedo a lo desconocido —y la consiguiente hostilidad y rechazo que conlleva— es el origen de la xenofobia y la discriminación²⁹.

La prensa manifestó que todos los grupos políticos con representación en las Cortes estaban de acuerdo con la campaña, presos todos ellos de un patriotismo en ocasiones tan intolerante que rayó el racismo y la xenofobia. La verdad es que el apoyo de los partidos fue total, estuvieran éstos en el poder o en la oposición: querían una intervención militar en Marruecos. Y defendían el conflicto bélico como una guerra de justicia, para imponer a los causantes —retratados unánimemente de una forma denigratoria— su merecido castigo.

La causa es eminentemente nacional, y no habrá un solo español, cualesquiera que sean sus opiniones políticas, que en esta ocasión no se ponga al lado del gobierno³⁰.

Pero además de esos motivos aparentes hubo otros. Motivos menos visibles pero más significativos. Moderados, progresistas y demócratas, consideraban que la guerra contra Marruecos supondría restaurar a España como potencia de primer orden. Así, lo reflejó *El Conciliador* cuando dijo que:

Vamos también a recuperar el puesto que hemos perdido en el consejo de las naciones; vamos a mostrar que somos dignos de figurar en primer término; y que, si no tan sobrados de riquezas y recursos como las potencias que hoy son de primer orden, merecemos tanto como ella [*sic*] haciendo más, puesto que tenemos menos, y que nos sobra aliento para suplir lo que de fuerza material nos falte³¹.

La declaración de guerra fue recibida con alegría en toda España. «*Entusiasmo nacional*» declaraba el absolutista *La Esperanza*³². «*La Reina declara la guerra a los marroquíes con grande aplauso y júbilo del*

²⁹ Un texto interesante a este respecto es el capítulo de libro de Leonor Gimeno y Juan Carlos Revilla, «Derechos humanos y la psicología social del racismo y la xenofobia» en Luis de la Corte, Amalio Blanco y J. Manuel Sabucedo, *Psicología y Derechos Humanos*, Icaria, Barcelona, 2004, pp. 115-144.

³⁰ *El Clamor*, citado en *La Época*, 29/08/59.

³¹ *El Conciliador* citado en *La Época*, 21/10/1859.

³² *La Esperanza*, 7/12/1859.

pueblo español» aseguraba *El Álbum de las familias*³³, periódico semanal del *Diario de Barcelona*.

Lo que reflejaban los diarios era una guerra que el país secundaba, en la que obispos hacían manifestaciones a favor de la campaña³⁴, los cosecheros vendían sus productos a más bajo coste para abastecer al ejército³⁵, los barberos cortaban el pelo gratis a los soldados³⁶, los oficiales solici-taban ir a la campaña aunque fuera como soldados³⁷... incluso la reina Isabel II ofreció sus joyas, emulando a Isabel I de Castilla (1451-1504) cuando las dio a Colón, para contribuir a la financiación de la campaña. *El Diario Oficial de Avisos de Madrid*³⁸ dejó constancia de las declaraciones de la reina:

Que se tasen y vendan todas mis joyas, si es necesario al logro de tan santa empresa; que se disponga sin reparo de mi patrimonio particular para el bien y la gloria de mis hijos; disminuiré mi fausto; una humilde cinta brillará en mi cuello mejor que hilos de brillantes, si estos pueden defender y levantar la fama de nuestra España³⁹.

En mi opinión, fue una efectiva estrategia colonial, muy vinculada a la fe cristiana que ya había funcionado con anterioridad, seguir con la secular costumbre de vincular los conflictos a teorías «providencialistas». En esta ocasión, España era la receptora de un precepto divino en África, ese pueblo al que había que colonizar para poder anexar al cristianismo según había redactado la reina Isabel La Católica en su testamento⁴⁰. Do-

³³ *El Álbum de las familias*, 01/01/1860. La información del RB indica que *El Álbum de las familias* era una publicación semanal, de carácter familiar, que regalaba a sus suscriptores el *Diario de Barcelona*.

³⁴ *La Época*, 07/11/1859.

³⁵ *El Clamor Público*, 30/10/1859.

³⁶ *La Época*, 18/05/1860.

³⁷ *La Época*, 21/09/1859.

³⁸ El RB indica que *El Diario Oficial de Avisos de Madrid* fue fundado en 1758 y desapareció en 1918. Tenía una parte oficial y otra de particulares, en la primera sección servía de transmisor de información normativa y de los poderes públicos, en la segunda parte de noticias, anuncios de ventas, empleo, etc.

³⁹ *El Diario Oficial de Avisos de Madrid*, 27/10/1859.

⁴⁰ Sobre el testamento de Isabel La Católica y la propia reina como figura retórica colonial y mensaje providencialista, hay muchos trabajos, véase a modo de ejemplo, Helena de Felipe, «Spain in Morocco (XIX-XX centuries). Providentiality and colonization», *The Maghreb Review*, 30, 2-3, 2005.

cumento que enardecía el entusiasmo patriótico y que era constantemente invocado como primigenio en la política africana⁴¹.

Según cuentan las crónicas, cuando el presidente del gobierno, el general Leopoldo O'Donnell (1809-1867), se despidió de la reina Isabel II al marchar a Marruecos, ésta le dijo con vehemencia: «*Si yo fuera hombre, con gran gusto te acompañaría a África*»⁴². Este, y otros relatos similares, influyeron para despertar un insólito furor patriótico. Hicieron que el pueblo «*olvidara sus miserias, resignándose a comer entusiasmo y glorias*»⁴³ como nos escribe Benito Pérez Galdós en su *Aita Tettauen*, novela inigualable para conocer en detalle la convulsión popular que desencadenó esta guerra.

Son muchas y diversas las denominaciones que recibió el conflicto. La prensa española la denominó «*Guerra del Rif*», posteriormente por su gran calado en la población «*Guerra de África*» y, en fechas recientes, incluso «*Primera Guerra de Marruecos*». Desde el seno de los estudios marroquíes se la conoció como la «*Guerra de Tetuán*» y la «*Guerra hispano marroquí*». El resto de potencias europeas se referían a ella como la «*Campaña de Marruecos*». Tomás García Figueras, como la «*Guerra Romántica*»⁴⁴. Sin embargo, el nombre más expresivo lo dio el pueblo español de la época, muy descontento con los escasos resultados de la contienda: «*la paz chica de la guerra grande*».

Hemos ido al suelo africano, hemos derramado a torrentes pura y generosa sangre, hemos dejado aquellos campos sembrados de huesos españoles, hemos consumido grandes cantidades, y nada, nada hemos hecho de permanente y de trascendental. Repetimos lo que tantas veces hemos dicho. Una guerra grande ha sido coronada por una paz chica⁴⁵.

⁴¹ Pondré un ejemplo literario de esta constante repetibilidad del testamento de Isabel La Católica. En *El sacrificio* de Emilio Carrere, el autor pregunta: «*¿No creéis que nuestra acción militar en África es una obra providencial, presentida por la Reina Católica, la inmensa Isabel Primera, que soñó con un fabuloso Imperio español?*» Emilio Carrere, *El sacrificio*, La Novela Semanal, Madrid, 1922, p. 30.

⁴² Carmen Llorca, *Isabel II y su tiempo*, Istmo, Madrid, 1984, p. 184. Más biografías importantes de Isabel II son las de Germán Rueda Hernández, *Isabel II*, Arlanza Ediciones, Madrid, 2001 y la de Isabel Burdiel, *Isabel II*, Espasa Calpe, Madrid, 2004.

⁴³ Benito Pérez Galdós, *Aita Tettauen*, Alianza, Madrid, 2010, p. 39.

⁴⁴ Tomás García Figueras, *Recuerdos centenarios de una Guerra Romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos: 1859-1960*, CSIC, Madrid, 1961.

⁴⁵ *La Discusión*, 7/06/1860.

La sociedad española pasó de su inicial euforia cuando despidió la paz a protestar por no hallar un beneficio significativo de la guerra. Es que, aparte de una ampliación de su territorio y una momentánea gloria, lo único conseguido por España de la guerra de 1860 fue tensar, aún más si cabe, las relaciones con Marruecos. Abonó posteriores desencuentros y dificultó las soluciones diplomáticas a los mismos.

Como hemos manifestado, incluso antes de ser declarada oficialmente la guerra, fue seguida con entusiasmo por el pueblo español, como si fuera casi una cruzada⁴⁶. Lo cual fue favorecido y al mismo tiempo aprovechado por la prensa y la literatura, que no dejaba de calificar a los marroquíes de crueles, traidores y salvajes de los que se decía en la literatura de cordel que se dedicaban, incluso, a cortar la cabeza a los cadáveres españoles⁴⁷. Prácticamente todos los periódicos, incluso algunos pacifistas como el diario demócrata *La Discusión*⁴⁸, caldearon el ambiente antes de la guerra y mantuvieron esta actitud mientras duró. Como *La España*⁴⁹, periódico conservador y monárquico, que regalaba a sus suscriptores un mapa de Marruecos para que pudieran seguir «*acertadamente el curso de las operaciones de la guerra*»⁵⁰. Otros como *El Clamor Público*, que también ofrecía un mapa, proporcionaban listados de vocabulario en español con su correspondiente traducción fonética al árabe dialectal marroquí y frases hechas del tipo «¿*Va por ahí la tropa?*» o «*Tráeme el caballo, la espada, la lanza*»⁵¹.

Toda la prensa se volcó ante lo que sucedía en el norte de África e incluso nacieron nuevos periódicos al calor de la guerra, como *El Correo de África* —si bien éste fue posterior a la campaña—, *El Eco de Tetuán*⁵² o

⁴⁶ *El Conciliador*, citado en *La Época*, 14/09/1859.

⁴⁷ *Entrada del Ejército Español en Tetuán*, Imprenta de D.J.M. Marés, 1860.

⁴⁸ *La Discusión* (subtitulado diario democrático), según señala la información facilitada por el RB, aunaba ideología demócrata y republicana, se fundó en 1856, tenía mucho prestigio en su época y era una publicación de referencia nacional. Contaba con ediciones de mañana y tarde, también de provincias, y no aparecía los lunes. Desaparecerá en 1887.

⁴⁹ El RB informa que *La España*, fue un periódico fundado en 1848, de ideología liberal-ultraconservadora y monárquico. Asimismo, fue el principal órgano del Partido Moderado, aunque siempre desde una postura de derechas. Contó con ediciones de mañana y de tarde, y no aparecía ni los domingos, ni los lunes, ni los festivos. Su último número apareció en 1868.

⁵⁰ *La España*, 30/10/1859.

⁵¹ *El Clamor Público*, 26/10/1859 ó 27/10/1859.

⁵² Primer periódico de Marruecos. Comenzó a publicarse en Tetuán el 1 de marzo de 1860 y fue fundado por Pedro Antonio de Alarcón.

el satírico *El Cañón Rayado*⁵³, cuyo subtítulo era *Metralla de la Guerra de África*. Éste último no sólo estaba compuesto de texto sino de dibujos, básicamente a plumilla, en los que destilaban las falacias de tipo etnocéntrico y las posiciones racistas y xenófobas con el fin de sembrar la aversión contra el adversario.

Muchos periódicos hacían un seguimiento exhaustivo de las operaciones bélicas, publicando cuadros de cómo se organizaban en batalla cuerpos del ejército, tal fue el caso de *La Época*⁵⁴. Por su parte, *El Álbum de las familias* también dedicó muchas de sus páginas a describir la organización del ejército expedicionario español, para que sus lectores «*al leer cualquier acción que pueda ocurrir en los campos de África sepan a qué división y brigada pertenecen los cuerpos que toman parte en ella*»⁵⁵. Así, explicaba como España contaba, a las órdenes del general en jefe del ejército de África —Leopoldo O'Donnell— de cuatro cuerpos y una división de caballería⁵⁶.

Ejército que fue presentado a la sociedad española como brillantísimo:

Nuestra infantería puede compararse sin desventaja con la mejor del mundo, y la conducen a la gloria generales inteligentes y jefes y oficiales aguerridos, hallándose los de las armas especiales al nivel de los mejores de los países más avanzados en el arte de la guerra⁵⁷.

Aunque la realidad fue mucho más prosaica. España contó con un armamento precario: fusiles «Remington» para la infantería, cañones de pequeño calibre para los artilleros, un anacrónico regimiento de lanceros en caballería y unos veinte barcos.

Según afirma Serrallonga, la diferencia entre lo que se publicaba y lo que realmente sucedía en Marruecos fue añadida por el gobierno. Porque

⁵³ El primer número vio la luz en Barcelona, el 11 diciembre de 1859 y el último el 31 de mayo de 1860. En total salieron 24 números, con una periodicidad de seis al mes y al precio de un real y medio.

⁵⁴ *La Época*, 25/10/1859.

⁵⁵ *El Álbum de las familias*, 1/01/1860.

⁵⁶ El primer cuerpo, al mando del mariscal de campo Rafael Echagüe y Bermingham (1813-1887); el segundo cuerpo al mando del teniente general Juan Zabala y de la Puente (1804-1879); el tercero, a cargo del teniente general Antonio Ros de Olano (1808-1886), y el último, de reserva, encabezado por el teniente general Juan Prim y Prats (1814-1870). La división de caballería estaba bajo el mando del mariscal de campo Félix Alcalá Galiano (1804-1870?). *El Álbum de las familias*, 01/01/1860.

⁵⁷ *El Clamor Público*, 22/10/1859.

como única fuente de información se impuso el parte oficial del Ministerio, al tiempo que se censuraba toda manifestación considerada indebida. Con tal manipulación, la opinión publicada intentó conducir a la opinión pública a apoyar al Gobierno⁵⁸.

En cuanto a las tropas marroquíes, las noticias parecían desconocer a qué número ascendían. Publicaciones como *El Clamor Público* afirmaban que «*las fuerzas que disponen los marroquíes para resistir la invasión española, no podían saberse con exactitud*»⁵⁹ aunque también barajaban información de publicaciones militares y aseguraban que probablemente habría «*unos 8.000 moros en Tánger, 20.000 al frente de Ceuta y 20.000 en la costa de Tánger*»⁶⁰. En otra ocasión, se aventuró la cifra de «*60.000 moros*»⁶¹, a los que se demonizaba describiéndolos como valerosísimos y fanáticos⁶² para encumbrar el triunfo español al nivel de las grandes epopeyas. Esto no es nuevo, el mito del combate siempre precisa de un oponente feroz para reafirmar al héroe. Aseguraba Antonio Cubero que Marruecos era el único sitio cercano «*a los pueblos civilizados, donde se ven a todas horas escenas de violencia y barbarie*»⁶³. Más expresivo aún, Rafael del Castillo en su novela por entregas, comenzada a publicar el mismo año que se inició la guerra, señalaba que:

Negarles a los marroquíes que se baten como fieras, sería una tontería grandísima, y que a la vez honraría muy poco a nuestros soldados⁶⁴.

Como vemos en la cita anterior, también era frecuente recurrir a la animalización para la conceptualización fóbica del enemigo. Esta estrategia textual-discursiva, habitual en conflictos bélicos de carácter étnico/

⁵⁸ Joan Serrallonga Urquidí, «La guerra de África (1859-1860): una revisión», *Ayer*, 29, 1998, p. 145. En *La Época*, se llegó a asegurar que «la minuciosidad con que los periódicos acostumbran a referir el movimiento y número de las tropas destinadas al África, revelando así antes de tiempo nuestros recursos o nuestras faltas, con daño sin duda de la causa nacional, ha hecho indispensable que, con arreglo a la actual ley de imprenta, se prohiba, en esta parte, revelar los planes del gobierno», 29/09/1859.

⁵⁹ *El Clamor Público*, 8/12/1859.

⁶⁰ *El Clamor Público*, ibídem.

⁶¹ *El Clamor Público*, 28/12/1859.

⁶² *La Discusión*, 26/11/1859.

⁶³ Antonio Cubero Fierro, *La cruz o la media luna o La Guerra de África*, Murcia y Martí, Madrid, 1860, p. 71.

⁶⁴ Rafael del Castillo, *El honor de España*, Imprenta de Don Antonio Gracia y Orga, Madrid, 1859, p. 194.

racial, conseguía dos efectos. El primero, continuar con el proceso de demonización del adversario que justificase su aniquilación, su civilización o la expropiación de su patrimonio. El segundo, evitar la responsabilidad ética que conlleva quitarle la vida a otra persona al reconocer que *el moro* se encontraba en el plano animal⁶⁵.

En cuanto al armamento marroquí, lo más frecuente era que la prensa los situara únicamente con gumías y espingardas; porque en realidad no contaban con mucho más que eso⁶⁶. Según afirmó *El Horizonte*, «los moros, por la inferioridad de su artillería, habrán estado sufriendo nuestros disparos, sin que los suyos lleguen ni con mucho a molestarnos»⁶⁷.

En las tropas españolas los muertos fueron 716, los heridos 5.168 y los contusos 1269, según un resumen de las bajas publicado en *La España*⁶⁸. Nada que ver con lo dispuesto en la *Memoria Administrativa de la Campaña de Marruecos* que se publicó en 1862 y cuyos datos se recogen en algunas ediciones del *Diario de un testigo de la Guerra de África* de Pedro Antonio de Alarcón, vivo relato no sólo del fervor que reinaba entonces en España sino también de las operaciones militares del ejército expedicionario, en las que el propio autor participó como corresponsal de guerra. Este documento cifra los muertos en el campo de batalla en 786, los muertos por heridas de campaña en 366, los muertos por el cólera en 2.888 y los heridos en 4.994⁶⁹; un total de 9.034 españoles que causaron baja en la «Guerra de África»⁷⁰. A tenor de los datos, es llamativa la diferencia entre el número de muertos mostrado por *La España* (716) y el de la memoria oficial posterior (4.040) y el que esa publicación ocultase los muertos habidos por el cólera, quizá por considerarlos un final poco heroico. Y es que morir en el campo de batalla era considerado un ejemplo de patriotismo, no así morir en la camilla de un hospital de campaña por

⁶⁵ A modo de curiosidad y en relación con esta animalización, significativas son las imágenes que reproduce *El Cañón Rayado*, una de ellas muestra a una dama española de clase social muy alta, atado de una correa, a modo de mascota, lleva a un mono. El título de la ilustración: «Un soldado tetuanés prisionero de la guerra en España» (22/12/1859), otra representa a un grupo de marroquíes prisioneros, todos ellos con bozales. (16/01/1860).

⁶⁶ *La Correspondencia de España*, 5/01/1860.

⁶⁷ *El Horizonte*, citado en *La Correspondencia de España*, 7/02/1860.

⁶⁸ *La España*, 12/06/1860.

⁶⁹ Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la Guerra de África*, Aqueronte, Madrid, 2005, p. 586.

⁷⁰ Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la Guerra de África*, Aqueronte, Madrid, 2005, *ibidem*.

una enfermedad causada por el mal avituallamiento de las tropas. Veamos a modo de ejemplo unas líneas de la carta de un padre cuyo hijo murió en la «Guerra de África» y que decidió publicar *La Discusión*:

Pues bien, a pesar de mi orfandad, a pesar de la miseria que por la muerte de mi hijo me espera, yo no maldigo mi suerte; antes por el contrario, a ella me acojo con resignación cristiana, pues se que su sangre no es estéril, derramada en una guerra que simboliza la lucha de la civilización europea contra la barbarie africana⁷¹.

Hubo muchos testimonios patrióticos de este tipo, aunque fuera como fuese, hubo más heridos que muertos entre los soldados españoles. Como dijo la *Revista Europa en África* en 1909, ello fue debido:

al mediocre alcance de sus armas y a la mala calidad de sus municiones; tanto, que a una distancia todavía corta la penetración del proyectil era insuficiente: de ahí que muchos soldados fuesen heridos levemente o recibiesen simples contusiones⁷².

En resumidas cuentas, por un lado el ejército español —autoproclamado de los mejores de Europa— y, por otro lado, el ejército marroquí, pésimamente armado. Sin embargo, aún con la superioridad de las tropas españolas —y sus victorias— que, según M. López en *La Época*, se contaban por combates⁷³. Los españoles tardaron más de un mes en recorrer los poco más de cuarenta kilómetros que distan Ceuta de Tetuán.

La expedición militar produjo aproximadamente una decena de acciones de guerra y cinco batallas. La de Castillejos, el 1 de enero de 1860, fue la primera.

Tuvimos en este combate cuatrocientos cincuenta heridos, y cincuenta muertos; el enemigo mil y quinientas bajas por lo menos, y nuestras tropas acamparon en las posiciones conquistadas⁷⁴.

⁷¹ *La Discusión*, 25/01/1860.

⁷² A. Joly, «Historia crítica de la Guerra de África en 1859-1860», *Revista Europa en África*, num. 10-11-12, 1909, p. 606.

⁷³ M. López en *La Época*, 16/12/1859.

⁷⁴ Rafael del Castillo, *El honor de España*, Imprenta de Don Antonio Gracia y Orga, Madrid, 1859, p. 946.

A ésta le siguieron la de Cabo Negro, el 14 de enero, la de Tetuán el 4 de febrero, la de Samsa el 12 de marzo y, finalmente, la de Wad-Ras el 23 de marzo del mismo año 1860.

La descripción de un Alarcón desesperanzado representa perfectamente la dilación de la marcha española: «*Seguimos lo mismo. Llueve, arrecia el cólera y se trabaja en el camino de Tetuán*»⁷⁵. Esos tres elementos de la cita de Alarcón no dejaron de aparecer en la prensa. Los diarios de la época se hacen eco de la lluvia⁷⁶, de las inundaciones⁷⁷ y del cólera⁷⁸. *La Correspondencia de España* es la voz de un corresponsal anónimo:

Se necesita una salud de hierro, una naturaleza de roca para resistirlos, y así se explica que el número de bajas causadas por la enfermedad sea superior, muy superior, a las que se han ocasionado en los combates⁷⁹.

Así que las tropas enemigas no fueron el mayor escollo para el ejército español, antes bien lo fue su propia logística, por su incapacidad para remediar las inclemencias del tiempo y para procurar comida, medicina y atención a sus tropas, muchas enfermas o heridas. Según Azorín, cuatro fueron los enemigos contra los que tuvieron que luchar, «*el moro, el cólera, la lluvia tempestuosa que anegaba las tiendas de campaña y el hambre*»⁸⁰. El periódico moderado *La España* recoge una carta enviada desde el Serrallo explicando por qué creían que las enfermedades se habían cebado con el ejército español, y por qué las tiendas de la tropa eran

⁷⁵ Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la Guerra de África*, Aqueronte, Madrid, 2005, p. 93.

⁷⁶ *El Clamor Público*, 20/12/1859 y 29/12/1859; *La España*, 29/11/1859, *La Esperanza*, 30/12/1859, 17/11/1859 y 15/12/1859, *La Discusión* 15/12/1859.

⁷⁷ *El Clamor Público*, 28/12/1859, *La Esperanza*, 17/11/1859.

⁷⁸ *El Clamor Público*, 24/12/1859, *La Esperanza*, 14/12/1859, *La Época*, 29/11/1859, *La España*, 15/12/1859. Para la trascendencia del cólera en esta guerra, véase el trabajo de Francisco J. Martínez Antonio, *La otra Guerra de África. Cólera y conflicto internacional en la olvidada expedición militar de Francia a Marruecos en 1859*, Ciudad Autónoma de Ceuta, Ceuta, 2011; Joan Serrallonga Urquidí, «La guerra de África y el cólera (1859-60)», *Hispania*, vol. 58, n.º 198, 1998, pp. 233-260, y Nicasio Landa, *La campaña de Marruecos. Memoria de un médico militar*. Imprenta de Manuel Álvarez, Madrid, 1860.

⁷⁹ *La Correspondencia de España*, 26/01/1860.

⁸⁰ Jorge Campos, *Conversaciones con Azorín*, Taurus, Madrid, 1964, p. 235.

pequeñas, no había limpieza y, cuando llovía, se anegaban, y de ahí las «diarreas de mala índole»⁸¹.

Sin embargo, a pesar de alguna nota informativa realista, la prensa no dejaba de recoger informaciones de continuos envíos de tiendas de campaña, mantas, zapatos y víveres⁸². Así, la percepción en España era errónea, los españoles pensaban que se luchaba contra un enemigo cruel, bárbaro y bien armado; aunque el ejército español, mucho más poderoso, estaba protegido por su gobierno, que lo tenía atendido y velaba por su bienestar.

La toma de Tetuán tuvo lugar el 6 de febrero de 1860. Una de las primeras medidas tomadas fue convertir la mezquita principal de la ciudad en templo católico, denominándolo *Nuestra Señora de las Victorias*, el cual fue bendecido y abierto al público el 11 de febrero según recoge N. García Sierra en el diario *La Esperanza*⁸³.

El Sultán, retirado a Wad-Ras, fue derrotado el 23 de marzo y forzado a pedir la paz. *El Clamor Público* lo recogió de esta manera:

El ejército marroquí, vencido en cuantos combates ha intentado medir sus armas con la de nuestros valientes, nos ha pedido la paz el día 25 de marzo poco menos que de rodillas⁸⁴.

5. Exiguas glorias al fin de la guerra: prólogos y recompensas

Tras lo cual, la guerra finalizó con el Tratado de Wad-Ras de 26 de abril de 1860, conocido como Paz de Tetuán por ser firmado en dicha ciudad. Este acuerdo estipulaba que cesarían las incursiones a Ceuta y Melilla, que España ampliaría sus territorios de esas ciudades a perpetuidad, que Marruecos reconocería la soberanía de España sobre las Islas Chafarinas, que recibiría además el territorio de Santa Cruz de Mar Pequeña, es decir Sidi Ifni, para establecer una pesquería (si bien parece que los españoles no sabían siquiera su ubicación exacta)⁸⁵, que se tenía vía libre para

⁸¹ *La España*, 11/01/1860.

⁸² *La Correspondencia de España*, 20/02/1860; *La España*, 26/02/1860; *La Discusión* 14/01/1860, 25/03/1860; *El Clamor Público* 22/03/1860 ó 22/03/1860.

⁸³ N. García Sierra en *La Esperanza*, 6/03/1860.

⁸⁴ *El Clamor Público*, 27/03/1860.

⁸⁵ Fue necesario enviar en 1878 una comisión que determinara su ubicación, citado en Tomás García Figueras, *Santa Cruz de la Mar Pequeña. Ifni-Sahara. La acción de España*

establecer a misioneros españoles con su consiguiente labor evangélica, que se permitiría la construcción de una iglesia en Tánger y, por último, que Tetuán quedaría bajo la administración temporal española hasta que el sultanato pagase a España una indemnización de veinte millones de duros (100 millones de pesetas)⁸⁶.

España había manifestado que no tenía ningún interés territorial en Marruecos y que ésta no era una guerra de conquista sino de reparación del honor patrio. Como había dejado claro, al poco de declarar la guerra, Leopoldo O'Donnell. Así lo recoge *La Época*:

Vamos al África, dijo, no movidos por un sentimiento de ambición, no con un deseo preconcebido de conquistas, sino de vindicar nuestra honra⁸⁷.

Según España recibió la indemnización impuesta —pagada con el dinero prestado por el gobierno inglés al Sultán de Marruecos, puesto como decía el pueblo «*ignoro lo que habrá pasado aquí, pero es lo cierto que el moro no suelta un maravedí*»⁸⁸— O'Donnell cumplió y retiró sus tropas. No era su deseo prolongar más la campaña africana, pues ya había conseguido lo que buscaba: restituir el honor patrio —argüida excusa— y lograr, como señalaba Galdós en su *Aita Tettauén*, el «*saneamiento de la psicología española*»⁸⁹; además de, como es fácil deducir, satisfacer sus ambiciones políticas y «*dar sonoridad, empaque y fuerza a su partido*»⁹⁰.

A O'Donnell le convenía dejar de tensar el arco en el momento justo, dada la situación interna de España. No antes de tiempo, porque mientras el ejército en peso estuviera ocupado en guerras coloniales no planearía ningún intento de pronunciamiento ante su gobierno —estrategia militar

en la costa Occidental de África, Ediciones Fe, Madrid, 1941, pp. 97 y ss. La ocupación real y efectiva por parte de España no tendría lugar hasta 1934.

⁸⁶ Para consultar las estipulaciones completas del Tratado de Wad-Ras, véase *La Colección legislativa de España*, vol. 143, Parte 1, Primer semestre de 1860, pp. 499-502.

⁸⁷ Citado en Eloy Martín Corrales (ed.), *Marruecos y el colonialismo español [1859-1912]: de la Guerra de África a la «penetración pacífica»*, Bellaterra, Barcelona, p. 13.

⁸⁸ *Almanaque político y literario de La Iberia*, 1861. Citado en Rosa de Madariaga, *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, UNED, Melilla, 2008, p. 85.

⁸⁹ Benito Pérez Galdós, *Aita Tettauén*, Alianza, Madrid, 2010, p. 38.

⁹⁰ Benito Pérez Galdós, *Aita Tettauén*, Alianza, Madrid, 2010, p. 84.

por la que él mismo había alcanzado el poder⁹¹ — que se tambaleaba ante los problemas internos de la nación⁹². De hecho, todos los grupos políticos acordaron dejar de lado sus disputas internas hasta finalizar el conflicto más importante de todos, «salvar el honor nacional». El enemigo extranjero había conseguido unirlos. Y el ejército nacional estuvo conforme, porque en una guerra colonial se logran más ascensos y títulos que cuando se desmantela un gobierno⁹³.

Pero tampoco podía tensar el arco demasiado y continuar en África más de lo necesario; ello supondría un descalabro militar y económico y poner en peligro su gabinete. Así, O'Donnell equilibró sus acciones y se retiró a tiempo, consiguiendo de la «Guerra de África» lo que algunos autores como Jover Zamora han denominado utilidad política⁹⁴. Por todo ello, su figura quedó moldeada, a ojos de los españoles, como la de un héroe mítico, un ídola fori. Rafael del Castillo lo refiere así en su novela:

Nosotros, lo mismo que la mayoría de los españoles le reconocíamos grandes cualidades como político, pero en la cuestión presente nos han demostrado que sus dotes militares dejan muy atrás a aquellas⁹⁵.

Hemos dicho que la inmensa mayoría de las publicaciones presentaban una guerra de justicia, de represalia y recuperación del honor perdido. Pero, algunas declaraciones dejaban ver el afán imperialista de la guerra, como las de *El Cañón Rayado*:

⁹¹ Me refiero a la llamada Vicalvarada, pronunciamiento militar que tuvo lugar entre el 28 de junio y el 28 de julio de 1854, que puso fin así a la década moderada (1844-1854) y que llevó al bienio progresista (1854-1856).

⁹² El Partido Progresista —representado particularmente en el Parlamento por Olózaga y Calvo Asensio— estaba presionando muy de cerca al Gobierno, un Gobierno que no contaba siquiera con el respaldo de la opinión pública, ya que hacía muy poco que había saltado el escándalo de la malversación de fondos destinados a la compra de 130.000 cargas de piedra para la reparación de carreteras. Véase Rosa de Madariaga, *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, UNED, Melilla, 2008, p. 81.

⁹³ María Rosa de Madariaga en su obra *Los moros que trajo Franco* recoge que la Guerra de África «produjo 9 tenientes generales, 11 mariscales de campo, 27 brigadieres (hoy, generales de brigada) y otros muchos ascensos, además de un ducado, un condado y tres marquesados», p. 22.

⁹⁴ José M.^a Jover Zamora, *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*, Madrid, Turner, 1976, p. 115.

⁹⁵ Rafael del Castillo, *El honor de España*, Imprenta de Don Antonio Gracia y Orga, Madrid, 1859, p. 368.

Vosotros lo habéis querido, moros, y con ello habéis señalado el próximo fin de vuestra sultanía en África: acabó para siempre vuestro parasol. Vuestro imperio será de España⁹⁶.

Otras más sutiles, y en aras de una supuesta campaña de civilización, entreabrían las puertas a acciones venideras. Como el artículo de Leonardo Siquier en *La Época*:

Por otra parte, ¿No es el África el punto designado por la naturaleza, en un porvenir más o menos lejano, para que los españoles vayamos allí llevados por la corriente de la civilización a ejercer una influencia benéfica y decisiva en sus destinos?⁹⁷.

Una civilización que, según *El Día*⁹⁸, se podía llevar a cabo únicamente de dos formas. Mediante «*la fusión de las razas puestas en contacto por la influencia del trato*» o mediante «*el exterminio de la raza no civilizada*». Aunque reconocían que el segundo medio, a pesar de ser más rápido y eficaz, no era admisible⁹⁹. «*Todos deseamos que Marruecos se civilice, porque un pueblo salvaje es muy mal vecino*» añadía *El Clamor Público*¹⁰⁰, desprendiendo de su afirmación que un mal vecino sería aquél que obstaculizase los intereses nacionales.

Y como si de un vaticinio se tratara, advierte nuevamente Leonardo Siquier en *La Época*:

Mas día vendrá en que no basten [Las Antillas y Filipinas] porque nuestra patria se halla en un periodo de sorprendente regeneración [...] y África es el único punto del mundo que puede ofrecérsela¹⁰¹.

La proyección artística de este conflicto fue amplia. A modo de botín de guerra, con los cañones arrebatados en el conflicto se fundieron en 1866 los leones de bronce que en la actualidad custodian las puertas del Congreso de los Diputados en Madrid, obra del escultor aragonés Ponciano Ponzano y Gascón (1813-1877). Además, se generó un considerable

⁹⁶ *El Cañón Rayado*, 15/03/1860.

⁹⁷ *La Época*, 30/08/1859, artículo firmado por Leonardo Siquier.

⁹⁸ *El Día* era un diario con tendencia monárquica liberal, según informa el RB.

⁹⁹ *El Día*, citado en *La Época*, 02/09/1859.

¹⁰⁰ *El Clamor Público*, 29/10/1859.

¹⁰¹ *La Época*, 30/08/1859, artículo firmado por Leonardo Siquier.

corpus artístico —narrativo¹⁰², poético¹⁰³, dramático¹⁰⁴, musical¹⁰⁵, pictórico¹⁰⁶— de imágenes indelebles que pasaron de inmediato a la imaginería popular, si bien de escasa calidad artística en la mayoría de los casos¹⁰⁷.

6. Reflexiones finales

Con perspectiva histórica, la guerra causó a España más mal que bien. Piénsese, sin necesidad de más argumentación, en que la indemni-

¹⁰² La más importante de las obras y la que más difusión tuvo fue *Diario de un testigo de la guerra de África*, de Pedro Antonio de Alarcón (1859). Si bien no es estrictamente una obra artística sino un relato periodístico de su autor quien cubrió en directo, y como soldado, la campaña. También fue muy importante *Aita Tettauén* de Benito Pérez Galdós (1905), publicada 44 años después de que la Guerra de África hubiera finalizado.

¹⁰³ La Real Academia Española convocó en febrero de 1860 un certamen de poesía para premiar la mejor composición poética que representara la Guerra de África. El primer premio fue para Joaquín José Cervino con *La Nueva Guerra Púnica o España en Marruecos*. Véase Rosa de Madariaga, *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, UNED, Melilla, 2008, nota 17, p. 128.

¹⁰⁴ Por citar sólo algunas, *La Unión en África* de Miguel Vicente Roca y Carmelo Calvo Rodríguez o *¡Al África!* de Ramón Lon de Company. Para un listado detallado de todas las representaciones nacidas y representadas al calor de la Guerra de África, véase el capítulo monográfico que Tomás García Figueras le dedica en *Recuerdos centenarios de una Guerra Romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos: 1859-1960*, CSIC, Madrid, 1961, pp. 66-72.

¹⁰⁵ *El Himno Marcial* del historiador y músico Juan de Castro (1818-1889) fue el más conocido, pero es interesante el recorrido que hace Ricardo Fernández de La Torre, «La música en la guerra africana de 1859-60» *Revistas de las Armas y Servicios*, julio 1984, n.º 534, pp. 73-80.

¹⁰⁶ Mariano Fortuny y Marsal (1838-1874) fue el pintor por antonomasia de esta campaña y ha sido considerado como uno de los pintores más importantes del siglo XIX. Para ahondar en su figura y obra, véase Enrique Lafuente Ferrari, *Breve historia de la pintura española II*. Akal, Madrid, 1987, pp. 492-502.

¹⁰⁷ Para el estudio más exhaustivo de la Guerra de África: Tomás García Figueras, *Recuerdos centenarios de una Guerra Romántica. La Guerra de África de nuestros abuelos: 1859-1960*, CSIC, Madrid, 1961; Marie-Claude Lecuyer, Carlos Serrano, *La guerre d'Afrique et ses répercussions en Espagne. 1859-1904*, Presses universitaires de France, París, 1976; Diego Sevilla Andrés, *África en la política española del siglo XIX*, CSIC, Madrid; Albert García Balaña, «La Guerra de África» en Fernando García de Cortázar (dir.), *La construcción del Estado liberal*. Planeta, Barcelona, 2002, pp. 277-296; Rosa de Madariaga, *España y el Rif. Crónica de una historia casi olvidada*, UNED, Melilla, 2008; César Alcalá, *La campaña de Marruecos 1859-1860*, AF, Valladolid y Antonio Luis Martín Gómez, *Los combates de Ceuta. Guerra de África, 1859-1860*, Almena, Madrid.

zación de guerra obtenida, ni siquiera sufragó los gastos habidos, ni muchísimo menos compensó los miles de muertos en el frente. Las imágenes que transmitió la prensa y la literatura sometidas a análisis fueron enormemente simplistas y falseadas y, sin lugar a dudas, vinculadas estrechamente a la política. Después de todo, la guerra habría podido evitarse, pero al gobierno del general O'Donnell le sirvió como fructífero instrumento de coalición —y distracción— de todos los partidos y grupos políticos. O, al menos, en un principio, porque tras la euforia nacional, la inestabilidad política de España continuó como justo antes del conflicto.

Con todo, peor parado quedó Marruecos, además de la derrota militar y que desde España se le considerara más que nunca como una sociedad cruel y sanguinaria, quedó totalmente endeudado —recordemos que el dinero de la indemnización a España, se lo prestó su principal socio comercial, Inglaterra, interesada como se advirtió en las primeras páginas de este artículo, en mantener el control del Estrecho de Gibraltar desde ambas orillas— lo que secundó aún más su dependencia económica y política del extranjero.

El análisis de la prensa y la literatura durante la «Guerra de África» pone sobre la mesa la búsqueda de un exasperado clima belicista que, mediante un peligroso patrón de heterodesignaciones, evidencia el etnocentrismo español sobre la percepción de los acontecimientos reales que estaban sucediendo al otro lado del Estrecho. No existió un deseo expreso de conocer la realidad de lo acontecido. Los periódicos sirvieron de poco más que de propaganda, en interés de unos pocos —gobernantes, altos jefes militares, industria de la guerra y los propios editores—, para justificar y respaldar un conflicto exterior luego retroalimentado por el fervor popular y un patriotismo mal entendido. La guerra fue magnificada en sus beneficios y disimulada en sus perjuicios para la nación.

La prensa y la literatura, buscaron despertar patriotismo y sentimientos racistas y xenófobos en el público lector, y no contribuir a la difusión de la verdadera historia compartida entre España y Marruecos. Desenmascarar las estrategias discursivas de este tipo, poner al descubierto los métodos usados de manipulación de la opinión pública y denunciarlo, es una de las posibles vías que posibiliten su subversión y, curiosamente, es a través de estos mismos documentos escritos que podemos hacerlo.